

el tema que nosotros escogemos ha sido elegido dentro de los fines sociales de los castillos que principalmente sirvieron de escenario al Gran Capitán, en fechas tan trascendentales como fueron las de su nacimiento y su muerte, sucedidos en el castillo de Montilla el primero y en el de Loja la última, como asimismo el de la Calahorra de Córdoba, donde se exhibieron recientemente, como ya indicaremos después, sus manuscritos, armas y grabados y esculturas de su efigie, con motivo del centenario ya mencionado.

Estos castillos nos han servido para evocar los hechos allí sucedidos, contribuyendo así con nuestro grano de arena a tan importante y justo homenaje en honor de aquel esclarecido e ilustre caudillo, honra de España y orgullo legítimo de su heroico Ejército.

EL CASTILLO DE LOS AGUILARES DE MONTILLA

«Era Montilla una villa de don Pedro de Córdoba, cercada de fuerte muro, con una hermosa fortaleza, la cual estaba aderezada de muchos ornamentos de mármol y era la mayor y más polida (*sic*) de Andalucía» (1).

Ninguna noticia más podemos transcribir anterior a ésta, de la historia del castillo, porque la ausencia de documentos es muy grande; pocas líneas son las que anteceden, pero ellas, dentro de su concisión, evocan una fortaleza suntuosa, muy propia de la familia de los Aguilares y Córdobas, que fueron siempre en extremo acaudaladas.

Después de esta referencia, podríamos añadir a continuación la de la total destrucción del castillo; pero preferimos enumerar primero las causas que la motivaron, que exponemos de manera muy sucinta, ya que el espacio de que disponemos es muy menudado.

Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, hijo de Alonso, hermano del Gran Capitán, fué a Toledo, donde estaba la Corte, para visitar a su tío, encontrándose a éste muy condolido y afectado por la negativa del Rey a nombrarle Maestre de Santiago después de habérselo prometido repetidamente, demorándolo siempre sin causas justificadas.

El Marqués de Priego, que sentía por su tío verdadera admi-

(1) *Crónicas del Gran Capitán*, pág. 248, capítulo VI, tomo 10.